

# Stop the pigeon

---

Las palomas somos nosotros, cuando nos conformamos con las migas de la existencia, cuando pensamos «mejor que nada» y nos inclinamos ante el poder de los pajarracos más grandes.

Cada paloma nace como blanca y etérea paloma; el engranaje social y el ambiente ciudadano la transforman en paloma de nido, luego materna, elemental, media, superior, universitaria y por fin inmunda paloma adulta urbana.

Hace 6000 años los seres humanos consideraban los elementos naturales, y en particular los animales y los insectos, no distintos de los humanos, sino como manifestaciones de los antepasados: tótems dotados de características especiales y en algunos casos mágicas.

Tras la invención de la agricultura y de la ganadería, el hombre empezó a considerarse por encima de los demás seres; en el curso de los siglos siguientes y hasta hoy, los animales han sido usados, utilizados, explotados con distintos fines, desde la alimentación (descubro incluso la existencia del jamón de paloma de Carlo Giusti) a la compañía, del trabajo a la guerra —véase por ejemplo la historia de la paloma Cher Ami, empleada por la 77.<sup>a</sup> división de infantería estadounidense, Signal Corps—, hecho que de algún modo justifica para muchos, incluso para los habitantes de las ciudades, la existencia misma de las palomas y explica su venida a la tierra, su finalidad en cuanto criaturas multidimensionales, espectros incorpóreos imposibles de agarrar, alienígenas capaces de reproducirse mediante una autoexplosión kamikaze que deja el cuerpo de la paloma anciana en parte disperso y en parte masticado sobre la calzada, y un nuevo cuerpo de paloma joven planeando por los cielos de la ciudad.

Nótese que en la ciudad nadie ha visto nunca crías de paloma, que nadie se comería jamás una paloma de ciudad, mientras que las palomas de ciudad se comen todo lo que encuentran.

Quizá también por alguna de estas múltiples razones se han empezado a ver últimamente palomas y otros animales dándose las de humanos, y viceversa.

Encuentra cada vez más adeptos una suerte de zoolatría al revés, en la que la mutación hacia el animal inhumano representaría el retorno a la naturaleza.

Palomas burócratas vestidas de funcionarios de nuestro sistema en descomposición, conformistas ordenados que citan artículos recién leídos, celosos engranajes inconscientes del sistema, seres cuyo único fin es alimentar el sistema al que se han aferrado para sobrevivir; comen las migas del poder y cagan letanías de lamentos.

Son una mezcla terrible entre los vogones de Douglas Adams y los burócratas de Dostoievski, por triplicado, empeñados en obstaculizar constantemente el paso de los demás.

Pían, balan, gruñen, resoplan y gritan, todos juntos al unísono, tratando de defender el honor del pasado de los antepasados difuntos.

Mientras tanto, por su culpa, del cielo llueve mierda.

Las palomas —en dialecto piamontés «i piciu», en lombardo «i pirla», epítetos que designan también a los estúpidos, a los bobos y al órgano genital masculino, como por lo demás los pájaros en general— son una metáfora del género humano de hoy, el que no piensa; pero son también animales mágicos que zurean amorosamente y nos miran con aire interrogativo, quizá sencillamente nuestros antepasados: silenciosos observadores voladores.

Un poema de Montale dice:

Prima di chiudere gli occhi mi hai detto pirla  
una parola gergale  
non traducibile  
Da allora  
me la porto addosso  
come un marchio che resiste alla pomice  
Ci sono anche altri pirla nel mondo  
ma come riconoscerli?  
I pirla non sanno di esserlo  
Se pure ne fossero informati  
tenterebbero di scollarsi  
con le unghie  
quello stimma.

Algunos hombres se han transformado, de modo que las cabezas de paloma han invadido las grandes ciudades; otros, como Giuseppe Belvedere (Monsieur Pigeon), cuidan de las palomas para abrazar su parte más humana.

En cualquier caso todos somos imparables palomas.

Luca Motolese

[motolese.com](http://motolese.com) — Texto original en italiano